

» habria dicho en el siglo XII que la luz que habia de
 » iluminar al mundo, naceria de un pequeño pueblo de
 » la Suiza llamado Ferney? De este modo es como los
 » hombres grandes comienzan á hacer célebres los luga-
 » res en que habitan, y los tiempos en que florecen. »
 Los proyectos de los incrédulos se ven aquí no menos
 patentes que en la carta anterior. Federico escribiendo
 al patriarca de Ferney, dá entera libertad á los senti-
 mientos de su corazón. No se trata, pues, de menos que
 de destruir por sus cimientos toda entera la Religión.
 La supresion de los regulares es para ello el camino mas
 breve. Este es un golpe que se dá á su raíz, y en su opi-
 nion llevará consigo ciertamente su caída. Esta no pasa-
 rá del siglo próximo inmediato; y este bien se deberá
 al desconcierto de la administracion de las rentas públi-
 cas, que *obligará á los principes á apropiarse los bienes
 de los monacales*. Suplicamos otra vez á los lectores
 que hagan sobre ello la debida reflexion. En una carta
 de 5 de mayo de 1767 á M. d'Alembert, se considera
 igualmente la caída de la Religión como consecuencia
 inevitable de la supresion de los regulares¹. « ¡ Vivan,
 » dice, vivan los filósofos! Los jesuitas ya están arroja-
 » dos de la España.... El trono de la supersticion es
 » minado por sus cimientos, y caerá en el siglo venide-
 » ro. » Este es el grande acontecimiento que escribiendo
 á Voltaire, é insistiendo en los mismos principios, algun
 tiempo antes le habia anticipado.

« Sabed que los jesuitas acaso podrán dar ocasion pa-
 » ra ser arrojados de la España: ellos se han mezclado
 » en cosas que no les pertenecian, y la corte trata de
 » hacer ver que han excitado á los pueblos á la sedi-
 » cion². Aquí en mis confines, la emperatriz de Rusia se

¹ T. xi, p. 21.

² T. x, p. 28. Ya no hay quien ignore que esta fué una cabala
 de algunos ministros movidos por los filósofos, ó filósofos ellos mis-
 mos, para inducir al rey á su expulsion. Es digno de leerse el *Pare-
 cer fiscal del señor Huerta*, que honrará siempre á la magistratura
 española, y donde se ven desvanecidas con un convencimiento, á
 que no se puede resistir, todas las calumnias inventadas entonces, y
 es sin dificultad una de las mejores apologías de la compañía. ¿ Por-
 qué, cuando hasta los protestantes sinceros han escrito en su de-

» declara protectora de los disidentes, y los obispos de
 » Polonia están por esto furiosos¹. ¡ Qué siglo tan des-
 » graciado para la corte de Roma! Se ve atacada abier-
 » tamente en Polonia: de Francia y Portugal se arrojan
 » sus *guardias de corps*, y se espera que la España hará
 » otro tanto. Los filósofos combaten decididamente los
 » cimientos del trono apostólico; se ridiculizan los Libros
 » sagrados; se mofa su doctrina², se predica la tole-
 » rancia.... todo está perdido. Es necesario un milagro
 » para sostener la Iglesia. Ha sido atacada de un terri-
 » ble golpe de apoplejía, y tendreis el consuelo de
 » acompañarla al sepulcro, y componer su epitafio, como
 » hicisteis en cierta ocasión el de la Sorbona. El inglés
 » Woolston alargó, segun sus cálculos, la duracion de la
 » supersticion á 200 años: no podia calcular él lo que
 » últimamente ha sucedido. Trátase de destruir las pre-
 » ocupaciones que sirven de base á este edificio que se
 » desploma por sí mismo, y ya no puede retardar su
 » caída. Bayle comenzó, siguiéronle un gran número de
 » Ingleses, pero á vos estaba reservado el poner el com-
 » plemento. »

IV.

A pesar de los felices presagios de su real panegirista,
 Voltaire no pudo ver el cumplimiento de estas predicciones
 lisonjeras. El rey de Prusia no fué siempre un profeta veraz
 y muchas veces lo fué inconsequente. Nosotros estamos ya
 muy acostumbrados á predicciones de esta especie, que
 han fomentado la esperanza de los herejes de todos tiem-
 pos, pero la Iglesia las ha oído y las ha despreciado: diez

fensa, los Españoles que deben amarla mas por ser obra y fundacion
 de un Español, tienen en silencio y sin publicar sus apologías? Ella
 honra mucho al rey, que en su vista se dignó restablecerlos: no sin
 audiencia, como mintieron segun su costumbre, los jansenistas
 constitucionales diputados en sus córtes famosas, por infames, del
 año de 1820.

¹ Pueden verse sobre este propósito *les Mémoires depuis la paix
 de Huberstbourg, 1769, jusqu'à la fin du partage de la Pologne,*
 1775, en el tomo 5º de *les OEuvres posth.* del rey de Prusia.

² El Cristianismo está aquí tratado del modo mas indigno.

y ocho siglos de permanente subsistencia y de triunfos en medio de tantos enemigos, bastan para asegurarnos que subsistirá eternamente. La Iglesia tuvo el *consuelo de enterrar* al Patriarca de Ferney, pero el filósofo de Berlin halló que el Clero había correspondido mal en esta ocasión al respeto que había merecido siempre á Voltaire. Ved como se explica sobre esto con d'Alembert en¹ una carta sin fecha: « ¡Buen Dios! ¡qué oprobio para ese » clero de Francia, haberse ensangrentado tan obstinadamente contra el grande hombre que hemos perdido²! Lo digo y lo diré: el clero ha procedido con de-

¹ T. XII, p. 55.

² M. de Voltaire murió en París el día 30 de mayo de 1778. Las verdaderas y terribles circunstancias de su muerte han sido últimamente publicadas en Asis en el opúsculo titulado: *L'esito della morte*, etc. Compendiaremos aquí lo que dice el mismo d'Alembert en el t. XV, p. 81 de las *Obras póstumas* del rey de Prusia, omitiendo las impiedades con que están feamente manchadas todas las páginas de su escrito. Á los primeros de marzo tuvo M. Voltaire un flujo de sangre en París, adonde había llegado hacía tres semanas. Algunos días antes había preguntado confidencialmente á d'Alembert, qué le aconsejaba en el caso de caer gravemente enfermo en París. D'Alembert le respondió que debía imitar á todos los filósofos que le habían precedido, y señaladamente á Fontenelle y Montesquieu, que habían seguido la *costumbre*, y recibido con mucha exterior reverencia los sacramentos (*Ib.*, p. 82). Voltaire adoptó el consejo, pues no quería ser enterrado en un muladar; y un día en que se sintió peor, dijo riendo á d'Alembert, el cual le rogaba que no se detuviese tanto tiempo hablando: *Es menester hablar, tenga ó no gusto en ello: ¿no os acordais que tengo que confesarme? Este es el momento de dar el gran salto, como decia Enrique IV. He mandado llamar al abate Gaultier, y le estoy esperando* (*ib.*, p. 83). Este abate era un buen sacerdote, que por bondad de ánimo y simplicidad de corazón, se había presentado voluntariamente poco tiempo antes á M. Voltaire, ofreciéndose á servirle en su ministerio eclesiástico, y él lo había aceptado, prefiriéndole á otros tres ó cuatro sacerdotes, que en aquellos días habían ido con algun calor á hablarle de los juicios de Dios y del infierno. El abate Gaultier vino en efecto, estuvo encerrado una hora con Voltaire, y si creemos á d'Alembert, aquel buen hombre salió tan contento, que por su dictamen se habría llevado inmediatamente el viático al enfermo, el cual en presencia de su familia y de sus amigos le había entregado una profesion de fe escrita toda de su puño, y firmada

» masiada ingratitud. Frecuentemente Voltaire despuntó » los dardos que arrojaba contra él, á fin de que las he-

por dos de ellos, en la que declaraba (*Ib.*, p. 84): *Quería morir en la Religión católica, en la cual había nacido, esperando en la misericordia divina que le perdonaria sus yerros*: y á las instancias de aquel sacerdote, por tener paz, añadió: *que si había escandalizado á la Iglesia, pedía perdón á Dios y á ella*. Solo la simplicidad del abate Gaultier se hubiera dado por satisfecha con esta disposición. Sin embargo, á algunos de los amigos de Voltaire pareció que este había sido excesivamente condescendiente con la Iglesia, y que habría bastado una *declaracion verbal* de que moría católico, porque él *había siempre desaprobado, y dado por no suyas, las obras antireligiosas que se le habían querido imputar*. El cura de San Sulpicio pensó de modo muy diferente, y á pesar de esta protesta, sabiamente le juzgó indigno de los sacramentos (*Ib.*, p. 85, 86). Voltaire, despues de algunos días, se sintió aliviado en términos de ir á la academia y al teatro á gozar de aquella *apoteosis*, que escandalizó á toda la cristiandad (*Ib.*, p. 87, 88 y 89). Á fines de abril volvió á recaer gravísimamente, y habiendo tomado para calmar sus dolores una dosis excesiva de opio, que le embargó el sentido, desde aquel punto no tuvo libre la cabeza sino por cortos intervalos. El abate Mignot, su sobrino, suplicó al cura de San Sulpicio le llevase el viático; pero aquel prudente eclesiástico se sostuvo contra todas sus insinuaciones y amenazas, y declaró francamente que estando notoriamente reconocido M. Voltaire por un enemigo declarado de la Religión, él no podría en conciencia enterrarlo en lugar sagrado, si antes no hacía una pública, solemne y circunstanciada retractacion de los escándalos que había dado. Esto no obstante, el cura, en unión con el abate Gaultier, fué á visitar al enfermo, el cual al oírles pronunciar el nombre de Jesucristo, hizo señal de que se marchasen, y le *dejaran morir en paz*. Murió con efecto á las once de la noche del mismo día, que era 30 de mayo; y en qué paz muriese, se ve bien en el libro indicado *L'esito della morte*, etc.; ya que d'Alembert, como era de presumir, ocultase con gran cuidado á su regio correspondal las blasfemias, la furia, los gritos y la asquerosa comida de este filósofo desesperado (p. 92). El cuerpo fué embalsamado y conducido á la abadía de Scellieres, treinta leguas distante de París, de la cual era comendador el abate Mignot, y allí el día 2 del siguiente junio se le dió la sepultura sagrada, que le había sido negada por el arzobispo de París, y por el cura de San Sulpicio. El obispo de Troyes, en cuya diócesis está la abadía de Scellieres, hizo enérgicas prevenciones al prior, prohibiéndole pasar á enterrar el cadáver; pero ya se había hecho. El prior procuró justificarse como mejor supo; y lo que es

» ridas no fuesen demasiado vivas. Si hubiera tenido
» menos miramientos, pudiera haberlo acabado; por-

muy de notar, los jansenistas tomaron parte en el negocio, y aprobaron la sepultura dada á Voltaire (*Ib.*, p. 94). Entre otros, el arzobispo de Leon, M. de Montazet, dice claramente: « Que él no se conformaba con la conducta del cura de San Sulpicio y del arzobispo de París; que no debía negarse la sepultura eclesiástica sino solamente á los que fuesen notoriamente excomulgados y diesen al morir pruebas formales de impiedad, lo que no habia hecho Voltaire.... » Y el cura de San Esteban del Monte dijo públicamente, *que él le habria sepultado en su iglesia entre Racine y Pascal*, que efectivamente están enterrados allí. Esto era discurrir y obrar segun los principios de la secta, y tratar verdaderamente la causa *pro domo sua*. El autor de *la Liga de la teología moderna con la filosofía en daño de la Iglesia de Jesucristo*, no dejará de encontrar en esta anécdota una nueva prueba demostrativa de asunto. D'Alembert su trató de reparar la grave injuria que en su opinion se habia hecho en esta ocasion por los clérigos á Voltaire (*Ib.*, p. 110). Á pesar de una prohibicion expresa del rey, extensiva hasta los diaristas, de que nadie escribiese en favor del impio, d'Alembert obtuvo de la academia francesa se propusiese para programa del premio del siguiente año de 1779 el elogio de Voltaire, y aumentó el premio ordinario de quinientas libras con otras seiscientas (*Ib.*, p. 122, 123) de su caudal, las cuales habian de servir para una medalla del valor de mil y cien libras que tocó, segun parece, á M. de la Harpe, el cual la cedió al que tuvo el *accessit*. D'Alembert hubiera querido que la academia hiciese celebrar las exequias de costumbre á su amigo, pero el clero se negó á ello, y la corte apoyó su resistencia. Entones d'Alembert se dirigió al rey de Prusia (*Ib.*, p. 97, 140) y le rogó mandase hacer al patriarca de Ferney en Berlin los honores fúnebres que se le habian negado en Francia; y á fin de asegurar las conciencias de aquellos buenos eclesiásticos alemanes, envió á S. M. la relacion de la última enfermedad de Voltaire, una copia auténtica de su retractacion, y otras cartas, con las cuales pretendia probar á aquellos ministros, *que sin ofender su propia conciencia podian rogar á Dios por el que habia hecho tan buenas obras y tan bellas acciones*, y que no podian *sin injusticia negársele los funerales*. V. M., concluye d'Alembert, *con este nuevo honorífico testimonio dado á la memoria de Voltaire, llenará de gozo á todos los amigos y admiradores de este hombre grande.... y yo espero, señor, y ellos lo esperan con igual impaciencia que yo, saber lo que V. M. tendrá á bien ordenar sobre este particular* (*Ib.*, p. 145) (t. XI, p. 285). El rey accedió al empeño del filósofo de Francia, y el 30 de mayo de 1780, dia aniversario de su muerte, fueron cele-

» que no todo se ha dicho aun. Los filósofos han escaramuceado ya por una, ya por otra parte, y han hecho vibrar por todas sus golpes; pero los charlatanes de la supersticion no han sido aún deshechos, batidos y derrótados enteramente. » Esto es puntualmente por lo que suspiran los incrédulos: quitar del mundo todos los Eclesiásticos, ó al menos imposibilitarlos á comba-

bradas unas exequias solemnes á Voltaire, á expensas del rey, en la iglesia de los católicos de Berlin. D'Alembert, mas atrevido ya al ver que el rey se habia prestado á esto, pasó á rogarle en una carta de 24 de julio de 1780 (t. 15, p. 150) que hiciese un nuevo honor á la memoria de su amigo. « A los honores de toda clase, dice, que V. M. se ha dignado dispensarle, nada mas falta, que hacerle levantar un monumento en la iglesia de Berlin, en el cual se le represente delante del Padre eterno, en actitud de oprimir bajo sus pies al fanatismo: » y le sugirió valerse para la ejecucion de esta idea del excelénte escultor Tassard. Federico, aunque tan incrédulo, como se esforzaba á ser ó parecerlo, advirtió sin embargo la indecencia de esta proposicion (t. XII, p. 38; XV, p. 154), y respondió que la forma de la iglesia de Berlin no era proporcionada para el cenotafio que le proponia levantar á Voltaire. D'Alembert no se desanimó por eso, y repuso que estando construida aquella Iglesia á semejanza del Panteon de Roma, donde estaba el mausoleo de Rafael, podia S. M. hacer traer el diseño, para erigir en Berlin otro igual al Rafael de *la literatura*; pero el rey contestó en pocas palabras (t. XI, p. 290): creia que Voltaire no se habria visto con gusto en aquella Iglesia, y le parecia mejor consejo colocar su busto en la sala de la academia, donde nada habria hallado que pisar (t. XV, p. 158). D'Alembert hubo de rendirse, aunque á pesar suyo, á la voluntad del rey, y tuvo además el disgusto de ver prohibir á la familia del patriarca el erigirle un pequeño monumento en la obscura iglesia en que estaba sepultado. Dijose despues que habia sido desenterrado secretamente su cuerpo y arrojado al campo. Lo cierto, y lo que no se puede comprender es, cómo estos filósofos procuran con tanto esfuerzo el ser sepultados con los honores de la Iglesia en lugar sagrado. ¿No es esto canonizar en muerte la misma supersticion que tanto han combatido en la vida? Pero la consecuencia no ha podido jamás militar bajo las banderas de la incredulidad. * Los revolucionarios franceses, reconocidos á lo que debian á Voltaire, hicieron traer sus huesos, y en una ridícula apoteosis que la gentilidad no la vió semejante, los colocaron en su Panteon. No se puede leer su descripcion sin horrorizarse, y por eso ahorramos este dolor á nuestros lectores.

tir la incredulidad. Conseguido esto, dan por seguro el triunfo. Federico no hace misterio de sus ideas. Ved como se expresa en su *Exámen del Ensayo sobre las preocupaciones*¹.

« Vengo ahora² al objeto del autor (*del Ensayo*, cuyo » exámen emprende). Él no lo disimula, antes da clara- » mente á conocer que se dirige contra las supersticio- » nes de su país, cuyo culto se propone abolir, para al- » zar sobre sus ruinas la Religion natural, libre de todas » esas accesorias incoherencias³: sus intenciones pare- » cen puras: no quiere que el pueblo sea engañado con » fábulas; ni que los impostores que las esparcen saquen » ventaja de ellas, como los charlatanes de las drogas » que venden: desea, sí, que estos impostores en nada » gobiernen al vulgo imbecil, ni continúen gozando del » poder de que abusan contra el Príncipe y el Estado. » En una palabra, quiere abolir el culto establecido, abrir » los ojos de la multitud, y ayudarla á sacudir el yugo de » la superstición. El proyecto es grande. »

Algunas páginas despues prosigue de este modo⁴:
« Un sabio que hubiese meditado sobre los males que la » Iglesia causa á su patria, haria ciertamente grandes es- » fuerzos para librarla de ellos, desacreditaria las *fábulas* » *absurdas*, que sirven de alimento á la imbecilidad pú- » blica, se levantaria contra la confesion y las indulgen- » cias.... declamaria contra las prácticas exteriores....⁵ »

1 Esta obra, aunque lleva el nombre de Dumarsais, salió del club de Bolbach.

2 T. II, edic. 1789, p. 363.

3 Si se desea saber qué cosa sean las *accesorias incoherencias* de que nuestros necios filósofos se esfuerzan en libertar á la Religion, se responde, que son todo lo que forma la base del Cristianismo (t. VI, p. 156) (el cual querrian reducir á un puro deísmo) (t. XI, p. 65, 78, etc.), el dogma, la disciplina (t. XIV, p. 134, etc.), la tradicion de los padres, las decisiones de los concilios, las divinas instrucciones de los apóstoles, en fin, todo culto del ser supremo, todo lo que establece alguna relacion entre Dios y los hombres, todo lo que no forme de la divinidad un argumento inútil de pura especulacion ó curiosidad.

4 *Ib.*, p. 308.

5 Luego los teólogos que continuamente están clamando contra las *absoluciones*, las *indulgencias*, las *prácticas exteriores*, y ha-

» gritaria contra los asilos de ociosos¹ que se mantie- » nen á expensas de la parte laboriosa de la nacion;

cen tantos esfuerzos por desacreditarlas, entran en los desigios de los incrédulos, y justifican á los que los acusan de haberse aliado con ellos para la *destruccion de la Iglesia de Jesucristo*.

1 Seria de desear que nuestros pretendidos *reformadores* explicasen con claridad qué entienden cuando acusan á los regulares de ser *gente ociosa, que subsiste á expensas de la parte mas laboriosa de la nacion*. ¿Hablan de las órdenes meramente *contemplativas*, ó de las que juntan á la contemplacion la vida activa? ¿de las órdenes mendicantes, ó de las que poseen? Comencemos á hablar de estas últimas. Sé declama continuamente contra sus riquezas. No nos detendremos ahora en demostrar que se exageran mucho; pero supónganse mayores un duplo de lo que realmente son: ¿cómo podrá decirse que viven á *expensas de la parte laboriosa*, mas que tantas otras personas acaudaladas, tantos ricos y poderosos señores que pasan una vida mole en vergonzosa inaccion, y consumen el dia en el mas dejado ocio? ¿que aquellos que solo se valen de sus facultades inmensas para acrecentar la miseria del pueblo, ó agravar el peso ya insoportable de sus dependientes? ¿Y cómo es que contra estos no se habla, en tanto que faltan voces para gritar contra unos individuos, los cuales no deben sus riquezas sino á los méritos insignes que han contraído para con la nacion, al trabajo de sus propias manos, ó á lo que ha economizado su ejemplar frugalidad; que no las han reunido con otro fin sino para hacerlas servir al alivio, al sustento y rescate de los pobres, de los enfermos y de los cautivos? « Á la industria de los regulares, dice el abate Velly, en el primer » tomo de su *Historia de la Francia*, es á quienes debe la Francia » una gran parte de su fecundidad. Estaba desolada por las incur- » siones de los bárbaros; no se veian por todas partes mas que » áridas campiñas, vastas selvas, y lagunas pestilentes. Cediendo á » los religiosos estos bienes de ningun crédito, se creyó darles muy » poco, y se les entregó todo el terreno que podian cultivar. Como » estos santos penitentes no se habian consagrado á Dios para vivir » en el ocio, lo desmontaban, cavaban, desecaban, sembraban, » plantaban, fabricaban, y el Cielo prosperó un trabajo tan inocente. » El interes no tenia en él parte alguna; pues eran la misma fruga- » lidad. *La mayor parte de lo que recogian se empleaba en aliviar » de los pobres*. » De solo el monasterio clunianense se refiere en el tercer libro de las *Consuet. Clun.*, c. 22, que alguna vez dió de comer á diez y siete mil pobres en un solo dia. Oigamos otra vez al autor francés de las *Reflexiones sobre el estado religioso*, art. 1º. « ¿Cuáles son las tierras, dice, mejor cultivadas, los colonos menos » recargados, y donde la agricultura ha florecido mas, sino en los

» contra esta multitud de frailes que, sofocando el ins-
» tinto de la naturaleza contribuyen en cuanto está

» contornos, ó en las posesiones de las comunidades religiosas? Las
» rentas se consumen allí, el precio del arrendamiento se mantiene
» en un justo valor, y el dinero vuelve para reproducirse y multipli-
» carse á las mismas manos de que habia salido al pasar á las de los
» propietarios. Y qué, los padres de una numerosa familia, los
» poseedores lejanos, avaros ó disipadores, ¿ tendrán las mismas
» atenciones, ni podrán tenerlas con los menesterosos, en las ester-
» lidades que cause la intemperie de las estaciones, y otros mil
» accidentes tan funestos como imprevistos? Y los necesitados
» ¿ podrán llegar confiados á los umbrales de los ricos especuladores
» de nuestros dias? ¿ acudirán á las puertas de los que se enrique-
» cen con usuras y monopolios á pedir el auxilio que en pan y
» vestido se dispensa en los monasterios á los pobres en tiempo de
» carestía? ¿ No son los pobres arrojados de estas habitaciones de la
» opulencia, los que corren en tropas á las de los eclesiásticos y
» monasterios, que los socorren plenamente con largueza, y los
» reciben con caridad? Sé, y es una cosa justa y de consuelo el
» recordarlo; sé que en el último invierno (1789) los ricos, y espe-
» cialmente los grandes, han dado heroicos ejemplos de genero-
» sidad; pero por otra parte sé tambien que muchos preladós, los
» prebendados, los curas del reino, y grandísima parte de las co-
» munitades, se han distinguido por sus cuidados, su industria y
» aun su prodigalidad ya casi indiscreta. ¿ Cuántos, movidos de la
» presentánea necesidad de la pobreza, han contraído para aliviarla
» empeños que los oprimen al presente, y no podrán satisfacer en el
» resto de toda su vida? ¿ Cuántas casas religiosas podría citar, que
» se han privado de las cosas mas necesarias, para tener con qué
» socorrer á todos los miserables que imploraban de ellas ó paños
» con que cubrirse, ó alimentos con que sustentarse? » En el di-
» ciembre de 1788 los PP. benedictinos del monasterio de Corbia, en
» la Picardía, reunieron dentro de su vasto recinto, y proveyeron de
» comida y vestido por todo el invierno á mas de veinte familias, á
» las cuales habia consumido el fuego, juntamente con sus casas,
» cuanto tenian. Véase el *Diario eclesiástico*, núm. 52; año de 1789.
» Pero recordemos un hecho aun mas extraordinario, que refieren las
» clarisas de Amiens, en una memoria suya presentada á la asamblea
» nacional de Francia, la cual por merecer bien del siglo que se dice
» de la *humanidad*, ha destruido este monasterio, como todas las
» otras comunidades religiosas. Habiendo referido antes como el señor
» Le Blanc, que tenia una hermana en aquel monasterio, queria
» comprarle la tierra de Aonville para hacerle una donacion, « en-
» contró, dicen, tantos obstáculos por parte de su hermana, y de

» de su parte á la disminucion de la especie humana;
» alentaria al soberano á limitar el poder inmenso de

» toda la comunidad, que al fin no pudo realizar su designio. No
» pudiendo de modo alguno vencer su delicadeza de conciencia
» sobre este punto, quiso al menos gratificarla con una suma de
» cien mil escudos. Con efecto, este dinero fué introducido por el
» torno en nuestra casa; mas no sirvió para otro fin que para volver
» á salir fuera, y distribuirse á los pobres de todas las parroquias de
» la ciudad, sin que el monasterio se aprovechase de un solo ma-
» ravédi. » Y esta es una casa religiosa de un órden mendicante.
» No es inoportuno oír además á los estados de *Hainaut* en una
» representación al emperador José II, que se encuentra en el tomo
» XI del *Recueil de représentations, protestations, etc.*, p. 102. « Si
» por desgracia estas comunidades (eclesiásticas) hubieran sido
» destruidas en la revolucion que en el siglo XVI destruyó tantas
» otras en la Europa, no se concibe por qué otro medio esta pro-
» vincia hubiera podido reponerse del Estado desastroso, á que la
» habian reducido ciento cincuenta años de guerras casi continuas.
» Las comunidades eclesiásticas han salvado el pais de la ruina
» ocasionada por unas calamidades tan largas y repetidas, atrayendo
» á los cultivadores expatriados, suministrándoles caballos y uten-
» silios para el trabajo, levantándoles sus casas y establos, y pro-
» veyéndoles de bestias y de simientes. De este modo haciendo
» suceder la esperanza al abatimiento de ánimo, llamaron á todos
» los habitantes á la actividad, que en seguida ha reparado tantas
» desgracias. Pero no solamente en los tiempos desgraciados son
» útiles estas comunidades al pais: lo son igualmente en tiempo
» de paz. La condicion del eclesiástico, hallándose mas próxima á la
» del cultivador que la de cualquiera otro grande propietario, pro-
» duce entre unos y otros un sentimiento recíproco de amor y reco-
» nocimiento, por el cual el propietario se interesa en la prosperidad
» de sus colonos, no con la mira de exigirles mayores réditos, sino
» por sola la satisfaccion de verlos felices; y estos por su parte se
» encuentran contentos en una profesion que les hace vivir con
» alguna comodidad, y seguros de que sus fatigas no servirán para
» fomentar pretextos de pedirles mayor cantidad de frutos, se
» entregan enteramente á toda la extension de la industria, y no
» perdonan á medio alguno, ya sea para hacer mas feraz el terreno,
» ya para connaturalizar en aquella tierra las plantas extrañas,
» cuyos frutos solo se recibian antes del comercio. Los otros culti-
» vadores, estimulados con su ejemplo, se esfuerzan por igualarlos;
» y de este modo la agricultura, animada por la comodidad y la
» emulacion, ha llegado y se mantiene en un auge de que estaria
» muy lejos, si no hubiese sido promovida por la conducta de estas

» que el clero hace un uso culpable contra el pueblo y
» contra él mismo, á quitarle toda influencia en el go-

» comunidades. » No es menos digno de observarse lo que en una Memoria de 4 de junio de 1787 dijeron sobre este propósito al difunto emperador los estados generales del condado de Namur. « Es » cosa notoria, dicen, que, generalmente hablando, ninguno hace » un uso más ventajoso al público de sus réditos, que las comuni- » dades religiosas; por cuanto sus gastos se hacen en el lugar de su » establecimiento en favor del pueblo, empleando operarios, distri- » buyendo considerables limosnas, y con la hospitalidad que jamás » rehusan á ninguna persona decente.... De donde se ha de con- » cluir, prescindiendo de cualquiera otro motivo, que la conserva- » cion de las cosas religiosas esta unida con el bien de la provincia, » y forma un recurso muy vasto para todas sus necesidades, y para » las mismas del soberano, así en los tiempos ordinarios como en » los extraordinarios de algun apuro. » Todos los pensadores profundos, que sienten mas la fuerza de la verdad que la de una irreligiosa pasión, racionan del mismo modo, y tendríamos que alargar demasiado esta obra, si quisiéramos producir en ella sus testimonios. Ahora, si el vivir de sus propias rentas es *vivir á expensas de la parte mas laboriosa de la nacion*, ¿cuáles serán los propietarios de quienes pueda quejarse menos esta *parte laboriosa de la nacion* que de las órdenes regulares que poseen? Hablemos ahora de las *mendicantes*. Y primeramente, ¿es verdad que *ellas viven á expensas de la parte mas laboriosa de la nacion*? ¿Por ventura, no son los poderosos los que contribuyen particularmente á su mantenimiento? Y si hoy estos se han hecho ya menos caritativos, por razón de ser más irreligiosos, y aquellos tienen que extender la mano necesitada á los que ganan el pan con el sudor de su rostro, ¿quién es el culpado sino los detractores de los religiosos? ¿Y los artesanos, los jornaleros, los labradores, los mendigos mismos les prestan tampoco á estos un socorro totalmente gratuito? ¿No sacan de ellos, como es fácil demostrarlo, un fruto especial y temporal, mucho mas superior? ¿Cuántos otros mendigos se encontrarán que con mas razon que los regulares mendicantes, son la carga de la nacion, y una carga pesada! ¿Y porqué se calla contra estos? ¿porqué tanto celo contra los que, abrazando la pobreza evangélica, prodigaron antes para alivio de la *parte mas laboriosa de la nacion* acaso la grande herencia de sus padres? Y los que los echan en cara un pedazo de pan duro, recogido por amor de Jesucristo, ¿quiénes son? ¡Almas viles, é ingratas! Acaso vosotros no hubiérais tenido con qué satisfacer el hambre, ó cubrir decentemente vuestra vergonzosa desnudez, si un eclesiástico no hubiese llevado al seno de vuestras familias lo poco que saca del

» bierno¹, y someterlo á los tribunales mismos que
» juzgan á los legos. » « *De este modo la Religion*

altar, sirviendo al altar: si un mayorazgo, si un primogénito encerrándose en un claustro, no hubiese sacado á vuestros padres de la estrechez miserable de un pobre segundón.... Pero los regulares, se dice, son unos seres *ociosos é inútiles* á la sociedad. Y vosotros que habláis así, ¿qué servicios la habeis hecho? ¿Qué utilidad ha sacado ella de vosotros? No tratamos ahora de los religiosos contemplativos: de estos será oportuno decir alguna cosa en otro lugar. Hablamos de los regulares en general. ¿Cómo en el siglo de la luz se tiene valor para llamar á sus casas *asilos de ociosos*, inútiles y gravosos á la nacion? Los púlpitos, las cátedras, los confesonarios, las cárceles, los hospitales, las iglesias, las plazas, las regiones bárbaras, igualmente que las ciudades mas cultas, las chozas de los pobres, como los palacios de los grandes, los ejércitos mismos desmienten tan grande impostura. ¿Cuántos regulares no están el día de hoy, esto es, en los tristes instantes de su mayor decaimiento, empleados en la educacion de la juventud, en instruir al pueblo, en perfeccionar las artes, y en promover las ciencias? ¿Cuántos que han consagrado su vida á la asistencia de los enfermos, al mantenimiento de los huérfanos, ó que la han perdido en el servicio de los apestados? Cuando sus casas no sirvieran para otra cosa que para asegurar una honesta subsistencia á tantas personas bien nacidas, las cuales no hubieran podido cultivar de otro modo sus talentos, y hacerlos útiles á la Religion, á la sociedad y al Estado, ¿no deberian ser, aun por esto solo, uno de los objetos mas amables á la nacion y mas preciosos á la humanidad? « Yo estoy muy contento, dice el » protestante Deluc, *Lettres sur l'histoire de la terre*, t. IV, con » que los protestantes hayan conservado los claustros en Alemania, » y quisiera ver estos establecimientos en todas partes del mundo; » porque en todos ellos veo una clase de personas, las cuales tienen » necesidad de una pequeña suerte asegurada, que la opinion pública les procura; pero que sea por inaccion, ó por falta de recursos, es una carga extremada para sí mismos y para la sociedad. » Eran de desear hospicios decentes, y los conventos equivalen á » estos. » Recuérdese lo que antes hemos dicho. Los méritos de los regulares para con la Religion, la Iglesia, las letras, con los mismos principes y con los estados, son demasiado grandes para que puedan ignorarse, y harto numerosos para poderlos recordar. Basta saber que san Jerónimo dió á los religiosos el glorioso título de *columnas de la Iglesia*; que el Nacianceno los llamaba *baluartes de la fe*; la gloria del pueblo, y sosten del mundo. El que se ponga á recorrer lo ejecutado por los regulares en el curso de diez y ocho siglos, no encontrará exageradas estas expresiones.

¹ A todo hombre desapasionado debe ciertamente causar mara-

» vendra á ser una materia de pura especulacion, indi-
» ferente para las costumbres y para el gobierno. Las su-

villa, que todos los días se declame contra el celibato de los eclesiásticos como dañoso á la poblacion, y se guarde silencio contra tantos otros célibes, que podian servir de argumento menos injusto á estas mismas declamaciones. ¿Y qué? dice el canónigo Pey en su incomparable obra de *las dos potestades* (t. III): « Qué; será permitido á » una infinidad de ciudadanos gravar al Estado con el peso de su » inútil existencia, disminuir sus fuerzas quitándole un número » grande de súbditos, que ocupan al rededor de sí en su propia » ociosidad; se dejará vivir en paz á una multitud de célibes, los » cuales no huyendo el vínculo del matrimonio sino por evitar sus » obligaciones, seducen la virtud, cubren de deshonor á las familias, » y no se constituyen padres sino para aumentar en el mundo el » número de los infelices: el celibato mismo será una ley de política » respecto á los militares..... y la ley del celibato eclesiástico que con- » sagra á los sacerdotes á una virtud de perfeccion, tan propia y tan » necesaria para la libertad, para el celo y desinterés de su minis- » terio, deberá pasar por viciosa en el orden civil? Es cosa muy » cierta, dice el abate Zaccaria en el lib. 3, cap. 4 de su *Historia » polémica del celibato sacro*, p. 423, cierta es: si. A veces un » príncipe que no tiene en sus Estados mil célibes religiosos, man- » tiene en ellos muchos millares de hombres, los cuales son forzados » al celibato por la profesion de las armas; y solo se ha de hacer » recaer sobre el celibato de los eclesiásticos la culpa de la despo- » blacion? Dejo ahora aparte tantas familias ilustres, en las cuales, » por ley de los mayorazgos y primogenituras, los hijos segundos » están obligados á pasar una vida célibe: dejo tantos genios auste- » ros y sombríos que no quieren exponerse á ver junto á sí una con- » sorte renecillosa, ó una turba de hijuelos que clamoreen á su rede- » dor: ¿cuántos otros hay que por moda, por libertad y por » desarreglada conducta se mantienen en un pretendido celibato? » ¿Y solo el celibato eclesiástico será reo de la despoblacion de » nuestras provincias? » El abate Nonnotte observa en su obra de *los errores de Voltaire* (t. II, cap. 22), que solo en la ciudad de Paris había cien mil sesenta criados, todos jóvenes, todos robustos, y todos célibes. ¿Porqué no se comienza la reforma por estos? — ¿Mas es cierto que el celibato eclesiástico perjudique á la poblacion? *La geografía demuestra*, dice un filósofo flamenco, *que los países en que hay mas religiosos, son los mas poblados; que en la Italia, la Francia, la Alemania católica, y los Países Bajos Austriacos es mayor la poblacion que en los protestantes.* Y el autor de los *Ensayos sobre la Religión cristiana* observa que la Francia jamás ha estado tan poblada como en los tiempos remotos

» persticiones se disminuirán, y la tolerancia se hará » cada dia mas universal. »

Clamar, pues, contra la multitud de religiosos, limitar el poder del clero, someterlo á los tribunales seculares, quitarle todo influjo en el gobierno, no querer que gobierne al vulgo imbécil, si no es el único medio, á lo menos en juicio del autor del Ensayo sobre las preocupaciones, y del rey filósofo, es uno de los mas eficaces para hacer que la multitud sacuda el yugo de la supersticion, ó en términos mas claros, para abolir el culto establecido, levantar sobre sus ruinas la Religion natural, y hacer de ella una materia de especulacion indiferente para las costumbres, y para el gobierno. Todo esto es tan claro, que no necesita de comentario alguno; como ni el que ciertas novedades que se notan proceden de un origen demasiado corrompido.

V.

La destruccion total de los regulares no puede venir sino de un golpe fuerte que reciban de los gobiernos. Cierto es; pero este golpe no era jamas de esperar, mientras el clero secular tuviese alguna parte en el gobierno, ó gozase el favor de sus soberanos. Por otra parte, los incrédulos no dejaban de proveer que para destruir la Religion, no bastaba la aniquilacion de los regulares. El clero secular era un apoyo aun mas fuerte,

en que eran mas los celibatarios. Aun el *amigo de los hombres*, el célebre marqués de Mirabeau¹, reflexiona oportunamente que la expulsion de los regulares de Dinamarca y otros países, no se ve que haya aumentado en ellos la poblacion; y el cardenal Battiani, en su citada *representacion*, asegura que no obstante la multitud de religiosos que hay en la Hungria, aquel vasto reino ha estado siempre *florecedísimo, y ha reinado en él la abundancia tanto en tiempo de guerra, como en el de paz.* Véase sobre este argumento al citado Zaccaria en su *Historia polémica del celibato sagrado*, y en la *Nueva justificacion* del mismo, impresas en Roma, aquella en 1774, y esta en 1785.

¹ No debe confundirse al marqués de Mirabeau, autor de esta obra, que fué buen católico, con el conde Mirabeau, alma y agente principal de la revolucion francesa.

y hacia no menos que ellos una guerra implacable á la incredulidad, oponiendo á cada paso, principalmente en Francia, grandísimos obstáculos á sus progresos¹. « Los autores, dice á este propósito en una parte el rey de Prusia, están obligados á escribir con una circunspección fastidiosa, pues el clero está siempre alerta para vengar un arañón que sufra la doctrina ortodoxa; nadie osa mostrar la verdad descubiertamente, y los tiranos de las almas quieren que las ideas de los ciudadanos estén todas formadas en una misma turquesa². » Y en

1 T. IX, edic. 1788, p. 340.

2 Nuestros filósofos querrian tener la libertad de decirlo todo, de escribirlo todo, y de hacer cuanto gustasen contra la Religión. Obtenida, han levantado un tribunal de inquisición mas rígido y mas vigilante que el eclesiástico, contra todos los buenos libros y católicas producciones; y así quieren hacer inútil el celo ilustrado de tantas plumas valientes, que podrían desenmascarar la insidiosa trama de su cabala infernal. Una secta detestable, que ha establecido en la Iglesia un verdadero partido de oposición, ha venido á su socorro, y muchas veces se han dejado ver los baluartes de la fe convertidos en antemurales del error, y en canales de irreligión. « Mientras que no se habla sino de tolerancia, y de libertad de pensar y escribir, dice el autor de las notas á la representación del arzobispo de Strigonia, mientras que el ateísmo y la mas espantosa corrupción introduce y esparce sus frutos mortíferos en todas las clases de la sociedad, y cubren las provincias mas católicas con las ruinas de las buenas costumbres y de la Religión de nuestros padres, no se usa de vigilancia y de rigor sino contra los defensores de los antiguos principios, de los derechos de la Iglesia, y de la libertad é independencia de la fe de los cristianos. « Apenas sale á luz cualquiera obra de esta especie, hé aquí á nuestros fiscales (habla el autor), todos celadores de una pretendida policía, apresurarse para acabar con el libro y el autor. Sé de un tribunal de censura, en el cual han sido prohibidas las obras de san Francisco de Sales, y autorizadas las del apóstata Raynal. ¡Oh príncipes! si, como decís, amais exclusivamente la verdad, concedednos la misma libertad que gozan los que adulan ó canonizan vuestras persecuciones. » Pero ¿qué cosa mas intolerante se pudo imaginar que la moderna tolerancia filosófica? ¿Habrían jamás podido concebir nuestros padres que en estados católicos la Religión dominante había de llegar á tal abatimiento, que implorase por gracia gozar siquiera de la misma condición que sus enemigos, ó envidiar la libertad que goza en los países heterodoxos?

otro lugar: « La libertad de pensar de que goza la Inglaterra, ha contribuido mucho á los progresos de la filosofía. No ha sido así entre los Franceses. Las obras de sus filósofos se han estrellado contra los obstáculos que les han opuesto los censores teólogos. Un Inglés piensa en todo con franqueza, al paso que un Francés apenas se atreve á dejar traslucir sus ideas. » Y si á pesar de tantos impedimentos como los ministros de la Religión oponían en Francia á las obras de los filósofos, han salido tantas, tan impías, tan libertinas, y que tanto estrago han causado, ¿qué sería cuando estos vínculos se viesen rotos, y la filosofía no tuviese que temer que el sacerdocio pusiese algún freno á su irreligiosa impudencia¹.

M. d'Alembert, en una carta escrita desde París el día 3 de noviembre de 1780 al rey de Prusia, se espresa sobre el particular en términos aun mas significantes². « Estos sacerdotes, señor, que V. M. desprecia, porque no tiene, dice, por qué temerlos, tienen aquí muy grandes protectores, y están cada vez mas enfurecidos contra los progresos de la razón y de la luz. La obra mas indiferente por su objeto á esta *canalla*³, no pue-

1 Los libros impíos y periódicos que se han publicado bajo los auspicios de la asamblea nacional de Francia (y durante el gobierno constitucional en España), prueban hasta la evidencia la necesidad de aquellas leyes y tribunales que velaban y contenían antes ese desenfreno; y al mismo tiempo lo que pensaban unos y otros legisladores de la que llamaban libertad política de imprenta. Desafiamos á todos los filósofos, y aun á los jansenistas, padres y oráculos de este cánon (revolucionario), que presenten entre los escritores mas detestables del paganismo quien haya, no digo vencido, pero ni aun igualado la impudencia cínica é irreligiosa de estos escritores.

2 T. XV, p. 159.

3 Si escuchamos á los incrédulos (*Oeuvr. posth.*, t. IX, 189, 369; X, 15, 18, 35; XI, 57, 151; XIV, 42, 211, etc., etc.) ellos deben tenerse por dioses en comparación de los católicos, los cuales participan mas de bruto que de hombre: en el campo de estos todo es barbarie, tumulto é ignorancia: en el de ellos se pinta como triunfante la humanidad, la paz y la ciencia. Todo es virtud entre los secuaces de la incredulidad, todo vicio entre los que siguen la Re-